

**D**

Desde los inicios de la Transición democrática, los sucesivos gobiernos españoles ofrecieron a ETA

generosidad penitenciaria a cambio de la renuncia al terrorismo. Era una forma de ofrecer tablas en la partida de ajedrez, pero sólo la rama político-militar aceptó un pacto para abandonar las armas a cambio de la libertad de los presos y la vuelta de los huidos. La otra rama, la militar, la que ha sobrevivido hasta hoy, rechazó siempre de plano tal planteamiento. Su objetivo era conseguir una negociación política para obligar al Estado a aceptar la autodeterminación y la unión de Navarra a Euskadi. Una vez conseguido eso,

enemigo en sus manos a secuestrados políticos, el alargamiento del proceso, en vez de ponerse a nuestro favor, se fortalece como elemento condicionante», escribían. Querían decir que el paso del tiempo favorecía la postura del Estado.

Los presos tienen ahora prisa y eso se manifiesta en un boletín interno del pasado mes de octubre en el que piden «acelerar lo máximo la posible vuelta a casa de presos y refugiados» y exigen «dar pasos en este ámbito sin esperar al acuerdo final». Ahora que el adversario les ha comido la reina, los caballos y los alfiles, que les ha dado varios jaques e inmovilizado las torres. Ahora tienen prisa para aceptar las tablas y por eso han pedido a la banda que «se

**FLORENCIO DOMÍNGUEZ**

## AHORA PIDEN TABLAS



creían que lo de los presos caería por su propio peso. Ese era el orden de sus prioridades.

Además, a ETA le ha preocupado siempre que una negociación sobre los presos desvirtuara la discusión de los objetivos políticos, que se enredara una cosa con la otra y acabara confundiendo y confundiendo a los suyos. Eso

fue así hasta hace cuatro días. En la reunión celebrada por los representantes de ETA con los del Gobierno de Rodríguez Zapatero el 14 de diciembre de 2006, Igor Suberbiola, en nombre de la banda, advirtió a sus interlocutores que no iban a negociar sobre los presos porque eso le correspondía solucionarlo al Gobierno. Recla-

ponga en marcha sobre la mesa entre ETA y el Gobierno la negociación sobre su situación». Sin embargo, no han asumido el precio democrático que la sociedad vasca les reclama. El Sociómetro vasco dado a conocer la semana pasada refleja con claridad qué es lo que piden los ciudadanos a los presos: el 50% exige que reconozcan el daño causado; otros porcentajes importantes pedían a los presos que soliciten públicamente la disolución de ETA, que rechacen el terrorismo o asuman el sistema democrático. Ahí tienen la lista de deberes pendientes que les pone la ciudadanía vasca. Cumplirlos será más eficaz que poner su esperanza en una negociación entre el Gobierno y ETA.

mó, en cambio, «un acuerdo político antes de entrar en las consecuencias. Antes de cerrar ese acuerdo político, ETA no va a entrar a abordar temas sustanciales sobre las consecuencias del conflicto». Los presos eran una de esas consecuencias sobre las que la banda se negó entonces a negociar.

El fracaso de 2006 comenzó a hacerse demasiado insoportable para los presos que hasta entonces habían aceptado con resignación ser los últimos de la fila. Tres años más tarde, en los papeles de ETA comenzó a reconocerse que el camino para conseguir sus objetivos podía «ser largo» y que no se podía «retrasar hasta ese momento» la excarcelación de los presos. «De hecho, teniendo el